

# Aperitivo con Patachou

Por Marino GOMEZ-SANTOS



En realidad uno no sabe cómo debe decir: ¿Patachou?, ¿Madame Patachou?, ¿Mademoiselle Patachou? ¿La Patachou?... ¿Cómo debe un joven ibero referirse a ella?

Patachou debutaba la otra noche para el público madrileño en Pavillon, en esos jardines del Buen Retiro a los que, en honor a ella, encontrábamos o queríamos encontrar una gracia francesa.

Rodeada por "le tout Madrid" Patachou cantó varias canciones, en un parisiense muy cerrado, muy chulo, del cual se escapaban a los oídos de los españoles muchas palabras. Y cantó vestida con una blusa y una faldita azul, como una "midinette", como una gata más o menos baudelariana, más o menos existencialista del viejo y eterno Montmartre. Gustó a medias. La cena era muy cara, y esto siempre influye en un juicio crítico. Pero a nosotros nos gustó. Nos parecía algo así como un Maurice Chevalier femenino. Sus ademanes eran expresivos, dulces y a la vez violentos; su voz, cálida y cordial, azul, íntima, como su falda; aquella falda que no querían perdonarle muchas señoras... "Podía haber traído unos modelos vistosos, como hicieron la Baker y Suzy Solidor..."

Este mediodía, en el bar del Castellana Hilton, ella estaba citada con César González-Ruano. César no pudo ir, y nos lo dijo a nosotros:

—¿Por qué no inicias tu colaboración en MADRID con Patachou?

Y allí fuimos. Llamada telefónica a su habitación. Cita a las dos. Aperitivo. Almendras. Patachou, vestida rigurosamente de blanco.

—¿Antes de ser conocida, quién era usted? Primeros pasos. ¿Quién la descubre a usted?

—Me descubrió el mismo público. Yo tenía un cabaret en París; empecé a cantar porque me gustaba, sin ninguna pretensión...

—Y luego...

—Algunas personas que me vieron lo propagaron. Fui un poco empujada por el mismo público.

El sol viene a enfocar los ojos de Patachou, azules y hermosos; las almendras de Patachou. El sol hace primeros planos, como el foco de las salas de fiestas cuando Patachou actúa. El sol, en este caso, lejos de ser un tópico, es un requisito para rodar el documental de actualidad, el documental de Patachou.

—Al ganarse en usted una gran artista, ¿qué otra mujer se ha perdido? ¿Tiene usted nostalgia de la Patachou íntima, particular?

—Si hubiera podido escoger, hubiese acabado escogiendo esto, aunque yo nunca pensé, concretamente, que pudiese llegar a cantar en público. Vino todo rodado.

—¿Cuál es la cantante francesa que, cuando usted empieza, más admira?

—Edith Piaf me gusta, aunque no es el mismo estilo mío. Ahora, pregúnteme usted, por favor, artistas masculinos.

—Desde luego; con mucho gusto.

—Pues Chevalier, Yves Montand, Danny Kaye.

Otra vez el sol. Ahora hace primeros planos del reloj de oro, sencillo y elegante, de Patachou. Se ve que el fantástico director cinematográfico que prescinde de los electricistas y de sus complicados equipos, manejando el sol como foco ideal, tiene un buen criterio profesional, un criterio amplio de lo pequeño. Nuestro elogio para el director fantasma y fantástico, para el monstruo desconocido, que debe de estar con su cámara imaginaria de bruces en los tejados.

—¿Y de su mismo género?

—Yo; pero comprendame. No es que me considere la mejor; pero sí que me prefiero en mi estilo.

—Y, según usted, ¿en qué consiste cantar bien? ¿En la voz, en el sentimiento o en el estilo?

—No considero que la calidad de la voz intervenga mucho. Lo que importa es la sencillez y el sentimiento, la expresión de la verdad. Cuando se canta una canción, la única manera de cantarla bien es creer en ella, en aquello que se canta.

Minutos justos de Patachou. Camareras con bandejas y una especie de majos falsificados y mistificados que andan de un lado para otro. Patachou se quita los guantes blancos para dar más expresión a lo que dice.

—¿A qué artista español o a qué artista española conoce usted?

—Conozco a Antonio. Le vi bailar en París, en el teatro Empire, y, después, en Londres. Cuando él fué a París acudió a oírme cantar.

—¿Ha encontrado España como usted se la imaginaba? ¿Responde a la idea que tenía de ella?

—No se encuentran nunca las cosas igual que uno se las imagina. Siempre son distintas; pero la impresión mía es que España no tiene ninguna influencia exterior, y que quizá por esto mismo España resulta más llena de novedad, aun para los que la hemos imaginado prodigiosa. Lo que más atrae mi curiosidad es el horario, distinto a todos los países que he conocido.

Habla Patachou como un hombrecito preocupado, barajando las ideas, haciendo con ellas solitarios, pensando las jugadas. Habla con un sentido de lo que habla. Dice lo que quiere decir, y sabe por qué lo dice. Es un cerebro de mujer bien equilibrado el de Patachou.

—¿Cantidad máxima y cantidad mínima recibidas por una sola actuación?

—Un millón de francos por una sola canción, y nada, naturalmente, cuando he actuado en obras benéficas.

—¿Cuál cree usted que es el público mejor: el popular o el aristocrático?

—Las reacciones son bastante parecidas, aunque el público popular siempre es más cariñoso.

—¿En dónde han sido sus mayores éxitos?

—En París y en los Estados Unidos. Los relojes andan locos. Son relojes de la vida de prisa, relojes modernos, de mitad del siglo XX; relojes sin rayitas entre los números, que, en total, son los doce asesinos del tiempo, los doce puntos filipinos, los doce números por los que pasan las agujas, como la pluma de la ruleta, como el naipe cortado en la rueda del barquillero.

Patachou se pone los guantes. Los relojes, siempre los relojes. Endiablados y seráficos relojes, que nos empujan y que no nos dejan dormir en los andenes o en los divanes de la vida.

Una pregunta antes de la despedida:

—¿Su vocación íntima, Patachou; su afición íntima?

—Querer mucho. Soy siempre amiga íntima y sincera; me alegra el bien de mis amigos; me aflige la desgracia de ellos. También tengo un orfanato de que me ocupo, y luego, eso siempre, estoy al lado del necesitado.

Los relojes gritan en la imaginación de Patachou. El sol proyecta su luz cinematográfica en los ojos de Patachou, que va alejándose por el "hall" del hotel, diciendo adiós con la mano enguantada.

—Adiós, Patachou, madame Patachou, mademoiselle Patachou...

19. VI. 54